

Introducción

Comentario de texto N° 1: «La memoria plástica»

«La familia Relimpio vivía pobremente, porque don José, con ser tan maestro en números, no había sacado de ellos ninguna sustancia. Doña Laura conservaba una casa y una viña en Dolores, que le daban mil reales al año. Las niñas trabajaban para las camiserías. Tenían máquina, y cosiendo noche y día, velando mucho y quedándose sin vista, allegaban de cinco a siete reales diarios. Melchor, el varón, no había llevado hasta entonces un solo céntimo a la casa, como no fuera el caudal inmenso de ilusiones y proyectos; pero la familia fundaba en él grandes esperanzas. Melchor, recién salido del vientre de la madre Universidad, tan desnudo de saber como vestido de presunción, había de ser pronto un personaje, una notabilidad. ¿No lo eran otros? Éste era un punto inconcuso, el axioma de la familia, pues no hay familia que no tenga algún axioma.

Para pagar con desahogo la casa, la familia tenía que ceder un gabinete a caballero decente, sacerdote o señora viuda sin hijos. Durante tres años proporcionáronle este alivio distintos sujetos. Vacó dos meses el gabinete, hasta que vino Isidoro, y con ella los cuatro reales diarios, y, a más, los ocho de la comida. Sin este refuerzo, la hacienda de Relimpio se habría resentido bastante. (...) En el paraíso del teatro Real, adonde iban un par de veces por semana, tenían estas dos niñas finas su círculo de mozueltos galanteadores y estudiantes y empleados de esas categorías ínfimas que rayan en lo microscópico. Ellas se daban una importancia colosal, aparentando, particularmente Leonor, lo que ni en sueños podían tener; y como eran agradables de cara y sueltas de lengua, muchos inocentes caían en el lazo, y las miraban como lo granadito de la sociedad. La confusión de clases en la moneda falsa de la igualdad» (Pérez Galdós, 2000:127-136).

La lúcida percepción de don Benito Pérez Galdós de la familia decimonónica española es un referente clave para explicar que las

caras que ofrece el prisma de la realidad sociológica familiar precisan interdisciplinariedad y hermenéutica.

La interdisciplinariedad hace frente a una de las lacras del sistema educativo en la construcción de conocimiento: la fragmentación del saber. En la Sociología de la familia, la interdisciplinariedad diluye las fronteras entre la biología y la antropología, entre la psicología y la sociología, entre la naturaleza y la cultura, entre la economía y la moral, entre la ciencia y la conciencia. Morin (2005:248) en *El paradigma perdido* señala que la dialéctica entre la interacción, o interferencia entre ciencia y conciencia, es abierta y hay que situarla en «la gigantesca dialéctica de la desorganización/reorganización histórica que trabaja planetariamente todas las sociedades y el cuerpo global de la humanidad.»

Por otro lado, la hermenéutica es el arte de interpretar los textos, aunque para Gadamer sea la teoría y la metodología que busca y explica la verdad de los hechos, desde la experiencia de la historicidad. Para la Sociología de la familia, la experiencia de la historicidad es esencial por tres razones: por su crítica a la modernidad; por su potencial actualidad; y porque ofrece al observador recursos metodológicos para la observación de un sistema familiar caracterizado por cambios coyunturales económicos, políticos y sociales, tensados por los conflictos de un entorno, a veces hostil, que imposibilita la gestión del sistema. Lyotard (2006:11) en *La condición postmoderna*, cuestionando la legitimidad del metarrelato en la construcción del conocimiento, asegura que: «El saber postmoderno no es solamente el instrumento de los poderes. Hace más útil nuestra sensibilidad ante las diferencias, y fortalece nuestra capacidad de soportar lo inconmensurable. No encuentra su razón en la homología de los expertos, sino en la paralogía de los inventores.» Para garantizar el objetivo de Gadamer y evitar la preocupación de Lyotard surge la necesidad de intertextualizar las corrientes de pensamiento, la diversidad de opiniones, e ideas que ofrece la percepción y comprensión del prisma sociológico familiar.

Pero también el realismo literario galdosiano es el preámbulo idóneo para presentar un manual de Sociología de la familia que aspira a desarrollar la sensibilidad histórica plástica, la filosofía y teoría política, la metodología y la praxis didáctica.

La sensibilidad histórica plástica es imprescindible para construir el pensamiento social. Una referencia clave de lo que supone fraguar la sensibilidad plástica en nuestro país es Aranguren, en *Moral y sociedad. Introducción a la moral social española del siglo XIX*. Para Aranguren (1974:27-32) la historia es plástica, porque «la conciencia de cada acontecimiento, su interpretación lo conforman a su modo. La historia es *magistra vitae*, sí nos enseña... lo que queremos ver en ella». Con ello quiere deshacer el tópico historiográfico de enfrentar los conceptos de «historia» e «intrahistoria», porque ambos son necesarios para interpretar los hechos acontecidos desde la conciencia de la actualidad. Para Aranguren la historia es «presentación» del pasado y, por lo tanto, ejerce una función política social; la intrahistoria es «lo que pasa y no queda», lo que subyace en el acontecimiento histórico, generalmente silenciado. La función de la intrahistoria tiene su origen en la perspectiva existencial de Unamuno de observar las consecuencias perversas de la tradición histórica a finales del siglo XIX. Unamuno como Aranguren comparten el vacío de la mirada moral que Foucault define como «heterotopía»¹ y Castells (2006:232-7) como «espacios de negación». La sensibilidad histórica plástica fortalece la perspectiva ética; favorece valores como la flexibilidad y la tolerancia; y construye la mirada social: variables imprescindibles para comprender la realidad temporal y espacial que exige el estudio del sistema familiar.

La teoría y filosofía política explican los cimientos de la moral social, porque enmarcan las relaciones del Estado con el ciudadano, cuestión determinante para el análisis sociológico de la familia. Hoy, no se puede entender la evolución de las relaciones, redes, estrategias, roles y estatus familiares sin conocer cómo están condicionados por la extensión de la protección social y la crisis del estado de bienestar. Para Vallespín (1990:8) la teoría y filosofía política forman «una categoría general que engloba los tres enfoques principales: empírico, normativo e histórico.»

¹ Foucault, M.: «Espacios otros: utopías y heterotopías». Texto escrito en 1967 y recogido en *Carrer de la Ciutat*, nº1, enero de 1978. Pág. 5-9.

La metodología y didáctica del texto ofrecen cauce para que los esfuerzos de reflexión generen placer e interés por construir el proceso del conocimiento, muy al margen de las exigencias y valoraciones cuantitativo-académicas. Para Bachelard en *Le rationalisme appliqué*, y para Bourdieu en *El oficio de sociólogo*, la metodología es un proceso de conquista, construcción y comprobación del conocimiento. Por lo tanto, «...el *ars inveniendi*, debe limitarse a proporcionar las técnicas de pensamiento que permitan conducir metódicamente el trabajo de construcción de hipótesis... El razonamiento por analogía que muchos epistemólogos consideran el principio primero del descubrimiento científico está llamado a desempeñar un papel específico en la ciencia sociológica, que tiene por especificidad no poder constituir su objeto sino por el procedimiento comparativo... La comparación orientada por la hipótesis de las analogías constituye no sólo el instrumento privilegiado de la ruptura con los datos preconstruidos, que pretenden insistentemente ser considerados en sí mismos y por sí mismos, sino también el principio de la construcción hipotética de relaciones entre las relaciones» (Bourdieu, 2005:75-6). Rorty (1996:131-153), en *Objetividad, relativismo y verdad*, centra su preocupación en el reduccionismo que ofrecen los métodos unidireccionales, por ello va más allá del método analógico, sugiriendo la indagación intelectual como recontextualización, para lo que propone «la poetización de la cultura.»

Con el anterior marco de pensamiento, la Sociología de la familia es la disciplina que analiza el comportamiento social del individuo en el entorno familiar. Esta genérica definición permite elaborar este manual con una precisa aplicación: ofrecer a los alumnos de Pedagogía competencia profesional; conocimientos y habilidades, para reflexionar sobre las debilidades y fortalezas del sistema familiar, y las amenazas y oportunidades de su entorno. Y para hacer frente a la generalidad, la concreción de unos contenidos que ayuden al pedagogo en la difícil tarea de entender la realidad familiar, a veces conflictiva, de sus futuros alumnos. Para ello, el mapa cognitivo diseña los siguientes objetivos:

- Analizar la realidad poliédrica, interdisciplinar y multicultural del sistema familiar a través de las siguientes líneas de pen-

samiento sociológico: política familiar, relaciones familiares, redes familiares, estrategias familiares, roles y estatus familiar (capítulo 1).

- Observar las tendencias familiares actuales de la sociedad española (capítulo 2).
- Estudiar los factores que condicionan la evolución de la familia como institución y como grupo (capítulo 3).
- Proyectar la teoría sociológica en praxis, a través de la hermenéutica e intertextualidad de la palabra y de la imagen como recursos metodológicos y didácticos (capítulo 4).

El comentario de texto (escrito o imagen) permite descomponer el todo en partes (análisis), para llegar a recomponer las partes en el todo (síntesis): Proceso sistemático que estructura la asignatura a lo largo del curso. La intertextualidad es un ejercicio efectivo para la reflexión.

Pero también este manual surge desde la más profunda sensibilidad vital de la autora para acercar lo aprehendido en la vida y reflexionado en los libros a los alumnos, en el intento de comprender la compleja realidad del microcosmos familiar, y su espacio-tiempo dentro de la red del macroentorno. Por eso la transmisión de conocimientos y habilidades, a través de la intertextualidad, tiene un objetivo esencial: fomentar sistemáticamente el pensamiento y el diálogo de ideas.

Espero que como observador puedas disfrutar con el libro que tienes en las manos lo mismo que yo al hacerlo, mientras la espiral de enseñanza-aprendizaje desarrolle su propio proceso.

I.

El observatorio social de la familia

1. Las caras del poliedro analítico y la búsqueda de recursos metodológicos y didácticos para abordar el objeto de estudio: la familia

«Llega un momento en que uno confunde lo que ha visto con lo que le han contado, lo que ha presenciado con lo que sabe, lo que le ha ocurrido con lo que ha leído, en realidad es milagroso que lo normal sea que distingamos, distinguimos bastante a fin de cuentas, y es raro, todas las historias que a lo largo de la vida se oyen y ven, con el cine, la televisión, el teatro, los periódicos, las novelas, se van acumulando todas y son confundibles.»¹

Para el observador, la realidad social es un universo de conocimiento tan complejo como interesante. Todas las dificultades y obstáculos que existen en la observación de la realidad, como si de una transferencia con réditos económicos se tratara, se convierten con el paso del tiempo y con la metodología adecuada, en alicientes, en estímulos e incentivos para la investigación social. Por eso, el enfoque de esta asignatura en el momento actual, abocado a la educación permanente del ciudadano para hacer frente a las consecuencias nefastas de la globalización económica, es plantearla como competencia básica en el desarrollo curricular de cualquier estudio superior que aspire al conocimiento integral de la llamada «sociedad del conocimiento».

¹ Marías, J.: *Corazón tan blanco*. Barcelona. Anagrama 1996. Pero citado en VVAA: *Textos que dialogan. La intertextualidad como recurso didáctico*. Comunidad de Madrid. Consejería de Educación, 2006.

En el siglo XXI de las sociedades democráticas desarrolladas, el sistema familiar es una fuente inagotable de análisis para la Sociología por sus paradojas y realidades. La responsabilidad familiar sigue siendo una pregunta y respuesta de coherencia existencial clave para la socialización del individuo. Hoy, la familia ya no es sólo una amenaza u oportunidad social, es una institución que proyecta en el ciudadano un estado de conciencia y participación en el proceso de reproducción económica, política y social. Por eso este libro está encaminado a que el observador perciba la familia de manera vital, como si fuera un organismo vivo, capaz de dar información de sus genes; por otro lado, plantea el reto de reconducir el posible caos existencial, con el desarrollo de conceptos clave para estructurar y sistematizar las ideas. Para ello se ofrece la intertextualidad como recurso metodológico y didáctico.

La intertextualidad es un recurso metodológico que garantiza el conocimiento consciente, a través de la reflexión sobre el lenguaje utilizado, incitando al observador no sólo a leer, sino a interpretar lo que observa en un contexto determinado, exigiendo el contraste de opiniones, el diálogo de autores, instituciones y textos. La intertextualidad supone no conformarse con significados aparentes y definiciones lineales de fácil alcance. La intertextualidad es una fuente inagotable de conocimiento, y en ella tanto los textos de pensamiento, de literatura, de música, o de cine son piezas del engranaje.

El análisis del contenido, por su valor intertextual, permite percibir las paradojas y contradicciones del discurso sociológico de la familia con más precisión y claridad. La familia es una institución que introduce el discurso sociológico en un proceloso y rico marco de paradojas y ambivalencias que van desde la perspectiva que observa sus fortalezas² a los puntos de vista que recogen sus debilidades.³

² No existe ninguna otra institución que proteja al individuo a cualquier edad, ni que garantice los lazos de afecto y desarrollo de la socialización como ella.

³ Las funciones de asistencia en la educación de los hijos y en la atención de los mayores debe compartirla con otras instituciones; pérdida del papel reproductor en la economía; objeto del mercado de consumo, etc.

La observación de la familia no sólo requiere la gestión adecuada de datos de la realidad social, también conciencia clara de que el investigador se enfrenta a lo que Fernández de Castro denomina «laberinto de las metodologías» y que comienza con las dificultades de buscar el punto de partida, de delimitar lo que precisa la investigación, de encontrar validez. Fernández de Castro propone la dialéctica como solución investigadora.

Comentario de texto N° 2: «El laberinto de las metodologías»

Las metodologías nos retienen en el laberinto de la información, del dato, que han producido, en tanto que el objeto del conocimiento se escurre, se escapa y desde fuera del laberinto nos hace ese gesto ya en desuso que hace la mano cuando, apoyado el pulgar en la punta de la nariz, se mueve burlonamente delante de nosotros con un «palmo de narices»...

En una sociedad que tiene la (pre)-tensión (la búsqueda y el registro de su verdad a través del conocimiento) de llegar a ser democrática, este tercer grupo de técnicas,⁴ las dialécticas, señalan en el laberinto de las metodologías la salida acorde con el sentido de la historia que hoy puede encontrar quien se dedica a la investigación sociológica o al proceso de conocimiento/transformación de la sociedad o alguna de sus partes...

Colocados como una pieza en el proceso por el que el sistema social conoce la sociedad en que se organiza, producimos sus representaciones significadas para que desde otros lugares se realice o no se realice la (pre)-tensión de verdad con la que hemos cargado la representación producida.

⁴ Los otros dos tipos de técnicas son las correspondientes a los métodos básicos de investigación social: los cuantitativos y cualitativos. Los métodos cuantitativos miden características o variables que pueden cuantificarse numéricamente, objeto de análisis estadístico —técnicas experimentales aleatorias, cuasi-experimentales, tests «objetivos» de lápiz y papel, estudios de muestra, etc. El positivismo es la fuente epistemológica, relacionando la selección subjetiva e intersubjetiva de indicadores (a través de conceptos y variables) de procesos, hechos, estructuras y personas. Las técnicas cualitativas buscan descripciones detalladas de situaciones, eventos, personas, interacciones y comportamientos que son observables. Incorpora lo que los participantes definen como experiencias, actitudes, creencias, pensamientos y reflexiones tal como son expresadas por ellos mismos. El investigador debe captar el sentido que las personas dan a sus actos, a sus ideas, y al mundo que les rodea —etnografía, los estudios de caso, las entrevistas en profundidad, la observación participante, etc.

Al adentrarnos en las metodologías y reflexionar sobre ellas, vemos o podemos ver el laberinto: lo que descubre la sociología, como si fuera la «verdad objetiva», es lo que previamente ha sido registrado y pertenece a la subjetividad del poder sistémico, la imagen del poder en un espejo cuando es el poder el que se mira.

La sociología, encerrada en el laberinto, es como el «espejo de la madrastra de Blanca Nieves» que al juzgar la belleza del universo lo hace tomando como equivalente la belleza de aquella que mirándose en él a él se lo pregunta.

Las técnicas dialécticas permiten a la sociología que sea otro el poder que la utilice, otros los equivalentes con los que medir la sociedad (su objeto) y otros los valores con los que significarla. Ensayan colocar a los ciudadanos frente al espejo para que sean ellos los que produzcan su verdad y ellos quienes la registren construyendo democráticamente la sociedad a su medida» (Fernández de Castro, 1991:73-83).

La pretensión metodológica de este manual es el diálogo de ideas sobre la realidad del sistema familiar, pero las dificultades sistemáticas son muchas. Ibáñez aconseja clasificar la investigación social en tres perspectivas: la distributiva, la estructural y la dialéctica, porque para él hay tres maneras de «puntuar» la realidad: la perspectiva distributiva es empirista y puntúa el nivel tecnológico; la perspectiva estructural articula el empirismo y el formalismo y puntúa el nivel metodológico; la perspectiva dialéctica articula el empirismo, formalismo e intuicionismo y puntúa el nivel epistemológico. A Ibáñez (1990:49-50) le preocupan tres cosas: primera, el nivel de reflexión —tecnológico, metodológico y epistemológico—; segunda, el tipo de operación —conquista, construcción y comprobación—; y tercera, la efectividad social de la investigación —cómo, por qué, para qué o para quién—:

Comentario de texto N° 3: «La indagación intelectual»

Concibamos la mente humana como una trama de creencias y deseos —una trama que continuamente se vuelve a tejer a sí misma para adaptarse a nuevas actitudes oracionales—. No nos preguntemos de dónde proceden las nuevas creencias y deseos. Olvidemos, por el momento, el mundo exterior, así como la dudosa interfase entre el yo y el mundo denominada «experiencia perceptiva». Supongamos simplemente que cada vez surgen nuevas creen-

cias y deseos, y que algunos de ellos ejercen una presión sobre los antiguos. A algunas de estas presiones las denominamos «contradicciones» y a otras «tensiones».

(...) El filósofo antiesencialista espera el día en que se disuelvan todos los pseudoproblemas creados por la tradición esencialista —problemas sobre la relación de la apariencia y realidad, mente y cuerpo, de lenguaje y hecho—. Piensa que todos estos dualismos tradicionales se quiebran, como otras tantas fichas de dominó, tan pronto como se derrumba la distinción entre esencia y accidente. Concibe la distinción entre realidad y apariencia como una manera de sugerir que algún conjunto de relaciones, algún contexto, está privilegiado intrínsecamente. Concibe la distinción mente-cuerpo como una manera de sugerir que los seres humanos tienen un interior que está más allá del alcance del lenguaje (Nagel, McGin) o posee una intencionalidad intrínseca (Searle), de un tipo que escapa a la recontextualización. Entiende la distinción entre lenguaje y hecho como una manera de sugerir que algunos fragmentos de lenguaje mantienen una relación especial —la de la representación exacta— con algo que está fuera del lenguaje, fuera de cualquier descripción.

Podría insistirse en que el «deseo de conocer la verdad», concebido como el deseo de recontextualizar en vez de (con Aristóteles) como el deseo de conocer la esencia, sigue siendo característicamente humano. Pero esto sería como decir que el deseo de utilizar un pulgar en pinza sigue siendo característicamente humano. No tenemos otra opción que utilizar ese pulgar, y tampoco otra opción que utilizar nuestra capacidad de recontextualizar. Pase lo que pase, vamos a hacer ambas cosas. Sin embargo, desde una perspectiva ético-política puede decirse que lo que es característico, no de la especie humana, sino simplemente de su subespecie más avanzada y compleja —el habitante leído, tolerante y dialogante de una sociedad libre— es el deseo de ensoñar tantos contextos como sea posible. Éste es el deseo de realizar unas adaptaciones tan polimórficas como sea posible, de recontextualizarlas sin cesar. Este deseo se manifiesta en el arte y la cultura no más que en las ciencias naturales, y por eso considero tentador concebir nuestra cultura como una cultura cada vez más poetizada, y decir que estamos pasando gradualmente del cientifismo que detesta Taylor a otra cosa mejor. Pero como buen antiesencialista no tengo premisas profundas a las que recurrir desde las cuales inferir que, de hecho, es mejor —ni para demostrar nuestra propia superioridad sobre el pasado o sobre el presente no occidental—. Todo lo que puedo hacer es recontextualizar las diversas realizaciones en filosofía y en otros ámbitos para hacer que parezcan etapas de una historia de poetización y progreso (Rorty, 1996:131-153).

Meil Landwerlin (1998:179-218), en «Sociología de la familia en España, 1978/1998», analiza la evolución de esta disciplina en ese periodo, comparándolo con otros países, de lo que denomina «entorno cultural-científico». El análisis aborda tanto las debilidades como fortalezas de la investigación bajo la perspectiva genérica de que «ha avanzado mucho en estos veinte años pero queda mucho por hacer». Meil centra su observación en las líneas de investigación actuales, de las que aporta una útil relación bibliográfica: «morfología familiar, formación de familias, poder y división del trabajo doméstico, relaciones entre generaciones, conflicto y ruptura familiar y relaciones familia-entorno social»; llegando a la siguiente conclusión: «...es preciso llamar la atención igualmente sobre la necesidad de que los esfuerzos de desarrollo futuros se encaminen también en dirección hacia una mayor explicitación crítica de los conceptos y del marco teórico utilizado, así como hacia una sistematización del conocimiento bajo la forma de un manual de sociología de la familia, tomando como referencia el análisis de las familias españolas (...). A favor de esta demanda hay que argumentar el carácter sintético y sistematizador, propio de lo que Kuhn denomina ciencia normal, que comporta la realización de un manual de las citadas características.»

Aunque es muy complejo lo que el profesor Meil Landwerlin propone, este trabajo ha tenido como norte sus consejos de convertirlo en manual y aplicar la intertextualidad para garantizar al observador social dos objetivos básicos: fomentar el pensamiento y la crítica sistemática sobre el marco teórico (metodología); y llevar la reflexión a la praxis, a través del diálogo de ideas (didáctica). Teoría, praxis, metodología y didáctica: cuatro ejes estratégicos para la construcción y efectividad del pensamiento sociológico.

Comentario de texto N° 4: «La sensibilidad sociológica»

El sociólogo que se propone ignorar las diferencias de valores que los sujetos sociales establecen entre las obras culturales, realiza de hecho una transposición ilegítima, en tanto que incontrolada, del relativismo al cual se ve obligado el etnólogo cuando considera culturas correspondientes a sociedades diferentes: las diferentes «culturas» existentes en una misma sociedad estratificada están objetivamente situadas unas en relación con las otras, porque los

diferentes grupos se sitúan unos en relación con otros, en particular cuando se refieren a ellas; por el contrario, la relación entre culturas correspondientes a sociedades diferentes sólo puede existir en y por la comparación que efectúa el etnólogo. (...)

El ars inveniendi, entonces, debe limitarse a proporcionar las técnicas de pensamiento que permitan conducir metódicamente el trabajo de construcción de hipótesis al mismo tiempo que disminuir, por la conciencia de los peligros que tal empresa implica, los riesgos que le son inherentes. El razonamiento por analogía, que muchos epistemólogos consideran el principio primero del descubrimiento científico, está llamado a desempeñar un papel específico en la ciencia sociológica que tiene por especificidad no poder constituir su objeto sino por el procedimiento comparativo. Para poder liberarse de la consideración ideográfica de casos que no contienen en sí mismos su causa, el sociólogo debe multiplicar las hipótesis de analogías posibles hasta construir la especie de los casos que explican el caso considerado. Y para construir esas analogías mismas es legítimo que se ayude con hipótesis de analogías de estructura entre los fenómenos sociales y los fenómenos ya establecidos por otras ciencias, comenzando por las más próximas, lingüística, etnología, o incluso biología. «No carece de interés, observa Durkheim, investigar si una ley, establecida por un orden de hechos, no se encuentra en otra parte, mutatis mutandis; esta comparación puede incluso servir para confirmarla y comprender mejor su alcance. En suma, la analogía es una forma legítima de comparación y ésta es el único medio práctico del que disponemos para conseguir que las cosas se vuelvan inteligibles». En resumen, la comparación orientada por la hipótesis de las analogías constituye no sólo el instrumento privilegiado de la ruptura con los datos preconstruidos, que pretenden insistentemente ser considerados en sí mismos y por sí mismos, sino también el principio de la construcción hipotética de relaciones entre las relaciones. (...)

Así como el matemático encuentra en la definición de recta como curva de curvatura nula el principio de una teoría general de las curvas, ya que la línea curva es un mejor generalizador que la recta, así la construcción de un modelo permite tratar diferentes formas sociales como otras tantas realizaciones de un mismo grupo de transformaciones y hacer surgir por ello propiedades ocultas que no se revelan sino en la puesta en relación de cada una de las realizaciones con todas las otras, es decir por referencia al sistema completo de relaciones en que se expresa el principio de su afinidad estructural (Bourdieu; Chambordeon; Passeron, 2005:63-81).

1.1. Del contexto de los acontecimientos históricos a la construcción de la sensibilidad plástica

Comentario de texto N° 5: «El poder de resistencia de la familia».

(...) La familia contemporánea se ha encogido, replegado sobre la pareja. Habiendo dejado de ser un lugar de producción, ya no es más que un motivo para el consumo. La familia ya no asegura las funciones básicas de asistencia de las que en otros tiempos se encargaba: el cuidado de los ancianos y de los enfermos, o albergar a los locos, etc. Las funciones que conserva como la socialización de los hijos, son compartidas con otras instituciones. Por otra parte, esta familia «insular» apenas mantiene ya relaciones con otras células familiares. Éstas se han «empobrecido», y al decir esto, parecen referirse implícitamente a una época pasada en la que eran «ricas». En esta representación, la célula familiar, objeto de manipulación por parte de las instituciones sociales, aparece débil...

¿Hay verdaderamente «crisis» de la familia? ¿Estos discursos, aunque no estén faltos de contenido, no disfrazan una crisis de la sociedad? ...

La institución familiar tiene una doble fuerza de resistencia y de adaptación. Ha atravesado los cambios económicos y sociales que han hecho pasar a las sociedades occidentales del estadio de una economía campesina al de una economía industrial. Más que una «célula básica» de la sociedad o una «última muralla» contra las agresiones, la familia aparece como una institución flexible y resistente desde el momento en que la consideremos con una cierta perspectiva histórica. En lugar de analizarla en términos de crisis, hay que preguntarse cómo ha vivido la familia las transformaciones económicas, sociales y culturales de los últimos ciento cincuenta años, cómo ha resistido y cómo ha contribuido.»⁵

La historiografía contemporánea se caracteriza por una necesidad de renovar conceptos y métodos periódicamente, desde los más variados puntos de vista para llegar a conseguir algo tan complejo como es la veracidad. La preocupación en el tratamiento del «acontecimiento histórico» es la existencia de sesgo ideológico apasionado que esconde una alquimia extraña de deseos e

⁵ Este párrafo pertenece a un obra clave para el estudio de la familia, no sólo desde el punto de vista de la antropología, sino desde la perspectiva del pensamiento social. Segalen (2006:19).

intereses —intereses corporativistas, de consolidación de poder, de imposición de instituciones, de control y manipulación de la información, etc.—. Ya Nietzsche (1844-1900), en *De la utilidad y desventaja de la Historia de la vida* (1873), cuestionaba con consideraciones demoledoras la manera de entender y reconstruir el pasado a partir de la segunda mitad del siglo XIX. También éste fue el primer objetivo de Walter Benjamin (1892-1940), que póstumamente recogió en *El libro de los Pasajes*, analizando los límites entre «utopía e historia», entre «invención del futuro y rememoración del pasado», «entre salvar la lucha de emancipación o salvar del olvido a los vencidos», etc.

Comentario de texto N° 6: «La experiencia intelectual»

«He estado leyendo las conversaciones de Witold Gombrowicz con Dominique de Roux, publicadas bajo el título comprometedor de Testamento. En ellas nos cuenta que desde temprana edad, desde los quince años, comenzó la lectura de textos de filósofos y pensadores importantes: de Kant, Spencer, Schopenhauer, Nietzsche, Shakespeare, Goethe, Montaigne, Pascal, Rabelais y otros, a juzgar por los puntos suspensivos que prolongan indefinidamente la enumeración. Dice que buscaba en ellos el pensamiento fundamental, el estilo de una sensibilidad que llega al fondo de las cosas. E igualmente la independencia, la libertad, la sinceridad y la maestría. Seguramente podremos encontrar en la lectura de los filósofos estos valores (...).

Para Foucault la historia del pensamiento es la historia de la verdad y no entiende por ella, como lo hemos dicho, la historia de los descubrimientos de las cosas verdaderas, sino la de las reglas según las cuales, a propósito de algunas cosas, lo que el sujeto puede decir tiene que ver con lo verdadero o falso. (...) O sea, que la historia del pensamiento es la historia de la emergencia de los juegos de verdad. Pero como su problema siempre fue el de la relación entre la subjetividad y verdad, se entiende por qué le interesaba saber cómo el sujeto humano entró en esos juegos de verdad, ya sea que tuvieran la forma de una ciencia o que referan a un modelo científico, o aquellos que podamos encontrar en instituciones o en prácticas de control. (...)

Me pregunto a qué se refiere Foucault cuando afirma en algunas ocasiones que todos sus textos son fragmentos de autobiografía. Es evidente que quería señalar una relación muy íntima entre sus libros y su vida, entre su pensamiento y su experiencia vital. (...)

Para Foucault el pensamiento no es un conjunto de representaciones que subentiendan o expresen un determinado comportamiento, tampoco es el

cúmulo de actitudes que puedan determinarlo. (...) Él establece efectivamente una relación entre la historia del pensamiento y la historia de la verdad. Lo que intentó hacer, como lo confiesa, es la historia de las relaciones que el pensamiento entretiene con la verdad.

Si Habermas hubiera escuchado a Foucault en su conferencia ¿Qué es la crítica? Se hubiera dado cuenta de que para él lo que Kant y Weber entienden por Ilustración no es un período delimitado, que para él no tiene fecha fija y que se lo puede definir por la formación del capitalismo, la constitución del mundo burgués, la puesta en práctica de sistemas estatales, la fundación de la ciencia moderna con sus correlatos técnicos y lo que para Foucault es más importante, porque es la base de su concepto de crítica, la organización de un cara a cara entre el arte de ser gobernado y el de no serlo de un modo específico. Por eso una definición de la crítica, para su gusto vaga y general, pero que le permitió resaltar algunos puntos de anclaje histórico, es aquella que la entiende como arte de no ser gobernado de una cierta manera. (...) La crítica es así, en general, lo que llama el arte de la inservidumbre voluntaria o de la indocilidad reflexiva, y es el movimiento por medio del cual los sujetos se arrogan el derecho de interrogar a la verdad sobre sus efectos de poder y a los poderes sobre sus discursos de verdad. (...) Para abordar el problema de la Aufklärung hay que comprometerse con una práctica que llama histórico-filosófica, que no tiene nada que ver ni con la filosofía de la historia ni con la historia de la filosofía (...) (A. Rodríguez, 2001:22107).

En esta preocupación constante por la gestión de la información histórica, la perspectiva de la literatura social ha sido de enorme valor: desde Paul Valéry (1871-1945) —«lo que le reprocho a la historia es la poca conciencia que tiene de lo que es, del rol que representa, de aquello a lo que responde ...y de lo que produce»—; hasta aportaciones dramáticas como la de Bertolt Brecht (1898-1956), en las que el tema de la historia y de la muerte van unidos —tanto en sus *Poemas y canciones*, como en sus obras de teatro más importantes—, a la conciencia del momento histórico que le toca vivir. El contexto brechtiano fue el ascenso del nazismo al poder y la manipulación de todos los estamentos para controlar las instituciones. En su famoso poema «Preguntas de un obrero ante un libro» comienza cuestionándose: «Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó? / En los libros figuran los nombres de los reyes. / ¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?» o

«¿En qué casas de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?» Y termina respondiendo «Una pregunta para cada historia». Son sentimientos, emociones y reflexiones parecidas a las de Pablo Neruda ante una cultura inca impenetrable: «Piedra en la piedra, el hombre dónde estuvo?», «Macchu Picchu, pusiste / piedra en la piedra, y en la base, harapo?»; esos olvidados «pequeños párpados’ que «se cerraron», para exigir a la «Alta ciudad de piedras escalares»: «Devuélveme el esclavo que enterraste!», versos que introduce en lo que llamó «edades ciegas, siglos estelares».

En España, la preocupación por la historia tiene un punto de arranque efectivo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, como prueba el hecho de que El Centro de Estudios Históricos fuera un objetivo de la ILE, desde 1976, aunque se fundara por la Junta para Ampliación de Estudios en 1910. El objetivo decimonónico era crear un pensamiento científico moderno, aspirando a reinterpretar la cultura, bajo la consolidación de unas nuevas bases sobre las que erigir un cuerpo doctrinal. Una aportación representativa de la época y de los acontecimientos que le tocan vivir es la de Unamuno (1864-1936), quien admiraba, como Brecht, «el espíritu colectivo» —*volkegeist*—, pero desde un punto de vista mucho más pesimista, a través de la «intrahistoria», o perspectiva tradicional de fondo silencioso y estático que rodeaba los grandes acontecimientos:

Comentario de texto N° 7: «La intrahistoria de Unamuno»

De modo semejante, existe una tradición eterna: la de la ciencia y el arte universales y eternos. Esta tradición es la sustancia y el sedimento de la historia, como la eternidad lo es del tiempo. La historia transcurre sobre el fondo inmóvil de la tradición, que da continuidad y sentido a los acontecimientos. Para expresar esta idea, recurre Unamuno a la metáfora más brillante de todas las que trufan estos ensayos: «Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la copa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol.»

El fondo silencioso y estático de la historia lo constituye la tradición, la intrahistoria (concepto éste llamado a tener una desigual fortuna entre los historiadores españoles del siglo siguiente). La intrahistoria equivale